

EL ASESINATO DE LA SEÑORA GARCÍA

Juan Nadie

—Pero..., nosotros no somos asesinos —dijo Abel, casi con un gemido.

La frase martilleaba incesante en la mente de Romualdo Tamal. Las palabras del retraído becario sonaban una y otra vez en sus oídos, machacándole sin piedad y persiguiéndole sin descanso como sanguijuelas aladas llenas de dientes y agujones. No dejaba de escucharlas desde que vio en la distancia a la señora García, esa misma mañana, y empezó a seguirla. Hacía ya varias horas de ello, y desde entonces las palabras de Abel no dejaron de retumbar en su cabeza.

No, ellos no eran asesinos. Eran científicos, matemáticos. Estudiosos y académicos dedicados a desentrañar la complejidad del universo en que vivían. Eran teóricos, ni siquiera investigadores de campo. Su mundo estaba poblado de fórmulas algebraicas y códigos binarios. Pero sobre ellos había recaído una responsabilidad terrible. El futuro entero de la raza humana estaba en sus manos. Romualdo sintió que la náusea que lo atormentaba desde la mañana se intensificaba sin piedad. Agarró con fuerza el escalpelo que escondía en el bolsillo del gabán, la hoja de la cuchilla a salvo en su caperuza de plástico rígido. El sudor hizo que la palma de la mano resbalase sobre la metálica superficie del utensilio.

No, ellos no eran asesinos. Pero eran los únicos que se interponían en el camino de la humanidad hacia el colapso final. La última barrera. El último escudo de protección. Sólo ellos lo sabían y sólo ellos podían hacer algo al respecto. No había tiempo para más. El intervalo era demasiado reducido. La resolución del primer radiante había llegado demasiado tarde. O casi. Sólo le quedaba una alternativa.

Tenía que matar a la señora García antes de las tres de la tarde.

Con las manos sacudidas por un ligero temblor, miró la hora en su reloj de muñeca. Las doce y media. Aún tenía tiempo, pero la hora límite se acercaba. Refunfuñó y maldijo entre dientes por enésima vez. La señora García seguía sentada en el banco del parque, en el mismo lugar en el que se sentaba a tomar el sol cada mañana, siempre que el clima lo permitiese, desde hacía innumerables años.

Clavó en la mujer sus ojos de miope, surcados de venillas rojas y adornados de oscuras ojeras, ojos enfebrecidos que no dejaban de moverse, escondidos tras los gruesos cristales y arropados bajo espesas y plateadas cejas. No había visto nunca a la señora García antes de aquel día. Jamás había hablado con ella. Hasta hace poco menos de una semana ni

siquiera sabía de su existencia. Si se la hubiese cruzado por la calle, o en la sección de conservas del supermercado, ni siquiera le hubiese dirigido un segundo vistazo. Sin embargo, odiaba a esa apacible y frágil ancianita con todas sus fuerzas. Ella era el objetivo. La única solución al problema. El nudo gordiano que él debía cortar para liberar a la humanidad de su destino. Con el escalpelo que llevaba en el bolsillo.

Había robado el escalpelo en el laboratorio de anatomía patológica, en una de sus frecuentes visitas a su amigo Damián Medario. Damián y Romualdo eran casi de la misma edad, con apenas unos días de diferencia entre sus respectivos cumpleaños, que ninguno de los dos celebraba. Se conocieron cuando eran estudiantes, inquilinos universitarios en el mismo colegio mayor. Damián estudiaba veterinaria y Romualdo matemáticas. Se licenciaron el mismo año, expusieron sus tesis doctorales en el mismo salón de grados, aunque ante tribunal y público completamente distintos, y los dos acabaron consiguiendo la plaza de profesor en la misma pequeña universidad de provincias, aquella en la que ambos habían cursado sus estudios universitarios. Desde entonces, hacía ya más de treinta años, las ocasionales cervezas y las visitas del uno al despacho del otro habían mantenido una amistad poco profunda y laxa, pero constante.

—Ya ves, Romualdo —decía Damián durante aquella última visita. Estaba inclinado sobre la poyata del laboratorio, vestido con una bata blanca llena de arrugas, las manos enfundadas en guantes de látex amarillento y el cadáver a medio diseccionar de una enorme rata albina bajo la luz de un flexo y las lentes de una lupa bifocal—. A lo que hemos llegado. ¡Malditos recortes!

—Que me vas a contar a mí —replicó Romualdo.

—Protocolos de disección. Eso es casi lo único que podemos hacer ahora en el laboratorio. Prácticas más propias de alumnos de secundaria. Y menos mal que las ratas se reproducen por sí mismas. Si tuviésemos que comprarlas, ni eso.

—Está todo bastante mal.

—A vosotros también os han jodido, ¿no?

—El departamento de matemáticas ya no existe. Nos hemos tenido que fusionar con los informáticos para reducir costes y sobrevivir. Tres técnicos y dos administrativos a la calle con la reestructuración. Eso sin contar con la reducción en el número de profesores asociados. Con tanta hora lectiva, apenas vamos a tener tiempo de prepararnos las clases.

—Pues ni te cuento para corregir exámenes. Vamos a tener que poner las notas por sorteo.

—Desde luego.

—¿Cómo se llama ahora vuestro departamento?

—Ahora somos el Departamento de Ciencias Matemáticas Aplicadas —dijo Romualdo con una sonrisa torcida cargada de tristeza.

Damián se subió el puente de las gafas con un dedo enguantado y manchado de sangre y soltó una áspera risotada.

—¿Aplicadas a qué?

Romualdo se encogió de hombros y también rió. No quiso replicar. En ese momento no le apetecía enzarzarse de nuevo en la vieja discusión. Desde que se conocieron en su juventud estudiantil, Romualdo y Damián sostenían la misma porfía. El veterinario argumentaba que las matemáticas podrían ser una ciencia pura, pero eran demasiado abstractas y de poca aplicación práctica. La fisiología y la biología eran más útiles, pues trataba sobre cosas reales, sobre seres tangibles. Romualdo replicaba que sin las matemáticas, nada sería posible, pues las matemáticas eran la base subyacente a todo el conocimiento del hombre. Incontables litros de cerveza y café habían sido engullidos en semejantes disputas. Era conversaciones amenas e interesantes. Incluso alguna que otra vez había participado algún compañero de departamento. Pero ese día Romualdo no tenía el ánimo para ello. Otras cuestiones ocupaban su mente desde hacía varios días. Sobre todo una de ellas. Una cuestión terrible. La visita a Damián había sido un vano intento por aliviar el estrés del acuciante problema. Apenas entró en el laboratorio, se dio cuenta de que había sido un craso error. Visitar a su viejo amigo no le serviría de nada.

—No tienes buena cara —dijo el veterinario—. ¿Problemas en el edén de los cálculos infinitesimales?

—Bueno... Ya sabes. Los recortes —replicó el matemático con una sonrisa triste.

—Claro, claro. Aunque un pajarito me ha dicho que los chicos de tu recién estrenado y flamante departamento tienen un juguetito nuevo.

—¡Vaya! Veo que los rumores viajan rápido por los pasillos del campus.

—Más rápidos que la luz.

—Lo único más rápido en el universo conocido.

—¿Pero hay algo o no?

—Algo hay.

—Una inteligencia artificial de esas, ¿no?

—¡Hombre, no! Mantengámonos dentro del ámbito de la ciencia real, por favor. De momento, la inteligencia artificial cae en el campo de la ciencia ficción.

—¿Entonces?

—Se trata de un ordenador cuántico.

—¿Y eso qué demonios es?

Romualdo sonrió y trató de explicarle a su colega profesor en qué consistía el último descubrimiento del departamento. Nada más empezar a hablar sobre el proyecto, sintió como el alivio le relajaba, al menos un tanto, la tensión que desde hacía días le atormentaba la espalda. Quizás la visita sirviera para algo después de todo, pensó.

—Pues aunque no te lo creas, los informáticos no lo hubiesen conseguido sin los malditos recortes —empezó a explicar Romualdo.

Desde hacía varios años, todos los departamentos de la pequeña universidad sufrían los estragos de la crisis económica y la falta de presupuestos. Cada año las restricciones se volvían más y más severas. Cada año el dinero asignado era una cifra menor que el anterior, y el poco dinero que llegaba cada año daba para menos. No había ni un solo departamento

que no hubiese tenido que abandonar, por falta de recursos, más de la mitad de los proyectos en los que otrora estaban embarcados. La asistencia a congresos internacionales, para presentar resultados y discutir con los pares de una misma área de conocimiento, se había convertido en algo casi anecdótico. El departamento de computación había sufrido como el que más. Pero los ingenieros e informáticos del mismo no se habían dado por vencidos. Rebeldes silenciosos tras los teclados y las conexiones de alta velocidad a los servidores, fueron incapaces de asumir las absurdas reglamentaciones ministeriales. Normativas inútiles, más estorbo que ayuda, que les impedían renovar los ordenadores antes de diez años, a pesar de que a los tres ya eran máquinas obsoletas. Deslizándose entre los entresijos de la red, habían buscado otros caminos. Con el dinero de facturas falsificadas, en teoría dedicadas a la compra de tóner para fotocopiadoras o vasos de plástico para la máquina de café, habían comprado piezas sueltas de ordenadores, procesadores y microchips, en tiendas de ocasión y en el mercado negro, y construido sus propios ordenadores. La necesidad agudiza el ingenio, proclama el viejo axioma popular. Para cuando las estrecheces económicas los obligaron a fusionarse con el departamento de matemáticas, los chicos de los teclados habían alcanzado el último gran sueño de las tecnologías de la información: acababan de fabricar el primer ordenador cuántico auténtico.

—¿Y qué demonios hace un ordenador cuántico? —preguntó Damián—. ¿Viajar en el tiempo?

—Casi —replicó Romualdo con una sonrisa—. Un ordenador cuántico utiliza qubits en lugar de bits. Verás, basándose en los algoritmos de Grover y Deutsch-Jozsa, que aprovechan el paralelismo inherente a los estados de superposición cuánticos, y los trabajos pioneros de Yugo Amaril, aunque en un plano meramente teórico, un ordenador de este tipo es capaz de realizar búsquedas en una secuencia no ordenada de datos de N componentes en un tiempo N elevado a un medio y con...

Damián levantó las manos con aire de consternación.

—¡Vale, vale! No te enrolles —dijo—. Esos galimatías de matemáticos no hay quién los entienda. En resumidas cuentas, ¿para qué sirve un cacharro de esos?

—Tiene una capacidad de computación entre medio millón y un millón de veces superior al ordenador digital más potente.

Damián lanzó un silbido.

—¡Joder! El amo del mundo, como quien dice. ¿Ya lo habéis publicado?

Romualdo sintió un estremecimiento ante las palabras de su amigo. El veterinario no tenía ni idea de lo proféticas que eran.

—Todavía estamos en las programaciones preliminares —dijo el matemático con un casi imperceptible temblor en la voz. No se le daba bien mentir—. Pero pronto tendremos a punto la versión beta para realizar las primeras computaciones complejas. Entonces publicaremos los resultados.

—¿Y qué pensáis calcular, el número de la lotería? No nos vendría nada mal —dijo el veterinario, mientras se subía de nuevo el puente de la nariz.

—Esperamos conseguir el primer radiante —dijo el profesor de matemáticas casi con un murmullo.

—Bonito nombre. Y eso es...

—¿Sabes algo de psicohistoria? —preguntó Romualdo.

—No tengo ni la más remota idea de lo que pueda ser.

—Pues se trata de...

—¡Espera! Déjame limpiarme un poco y me lo cuentas invitándome a un café.

Romualdo sonrió.

—De acuerdo —dijo.

Damián recogió el instrumental de disección. Lavó las distintas herramientas con rapidez bajo el agua del grifo y las colocó sobre una bandejita metálica.

—¡Fíjate! —le dijo a Romualdo mientras sostenía en alto el escalpelo—. Antes eran de usar y tirar. Ahora los lavamos, con cuidado de no rebanarnos un dedo, y rezamos para que no se oxiden y poder utilizarlos en la próxima disección. ¡Qué miseria! ¿No te parece?

—Sí, sí, desde luego.

Los oscuros y miopes ojos de Romualdo se clavaron en el instrumento, y siguieron sus movimientos mientras Damián lo secaba despacio con un cuadrado que desgajó de un rollo papel de cocina y colocaba la funda de plástico protector sobre la cuchilla. Notó como se le aceleraba el pulso y las palmas le empezaban a sudar. Había encontrado el arma homicida.

Damián le dio un amistoso manotazo en el brazo.

—¡Qué te duermes, Romualdo! —rió el veterinario—. Te quedaste pensando en las musarañas. Te encuentro un poco más distraído de lo habitual, matemático. Claro que todos los matemáticos sois unos bichos raros.

—Claro, claro —dijo Romualdo con una risa forzada.

—¿Bueno, qué? ¿Me invitas a ese café y me explicas qué demonios es esa psicohistoria tuya?

—Claro, vamos.

Con el hombro apoyado contra el tronco de un árbol del parque, Romualdo recordó la conversación con el veterinario. Fue la última vez que habló con él. Se preguntó si volvería a hacerlo. Sacudió la cabeza en un vano intento de alejar funestos pensamientos, y volvió a clavar la mirada sobre la señora García. La diminuta anciana continuaba con su inamovible actividad, con el rostro rosado y cuajado de arrugas levantado hacia el sol. Un mechón de cabello plateado le onduló con la brisa sobre la sien. Romualdo odiaba a esa mujer con todas sus fuerzas. Ella representaba todo lo malo y odioso de este mundo. Por eso tenía que morir. A sus manos. Para que el mundo se salvara, pues la señora García era...

Romualdo se rió por lo bajo. Sólo se estaba diciendo a sí mismo tonterías. Tratando de convencerse. Tratando de aceptar que lo que iba a hacer era lo más adecuado. Por supuesto que no odiaba a esa dulce ancianita. Hasta pocos días antes ni siquiera sabía de su existencia. Y por lo que había aprendido sobre ella, no era más que otra apacible mujer de

edad que compartía sus achaques en la consulta del médico, era visitada por sus nietos y tomaba el sol en el parque. Pero aunque la señora García no tuviese ni idea, ella era la clave del futuro de la humanidad.

Si los resultados del primer radiante eran correctos.

—Pero..., nosotros no somos asesinos —había dicho Abel, casi con un gemido.

Las palabras del inteligente becario volvieron a sonar en sus oídos. Las dudas se revolviéron en la boca de su estómago como serpientes cubiertas de espinas. Qué ironía, se dijo, acabar siendo un asesino, aunque fuese el asesinato más justificado de la historia. Claro que Romualdo nunca había sido un gran seguidor de Maquiavelo. A sus cincuenta y tres años, soltero, sin hijos ni parientes cercanos, aferrado a sus hábitos cotidianos, su vida eran las matemáticas y las clases en la facultad. Sus compañeros de departamento constituían casi la totalidad de su vida social, aunque apenas los conocía más allá de los resultados de los proyectos y los logaritmos discutidos en las reuniones. Sus alumnos eran su mayor ventana al mundo de los vivos. Su horizonte era una jubilación tranquila en suave pendiente hasta la tumba. Aunque los recortes salariales y la supresión de las pagas extras en los últimos tiempos habían hecho que la pátina dorada de esa jubilación se resquebrajase un tanto.

Pero si los resultados del primer radiante eran ciertos, la jubilación se convertiría en menos de diez años en un espejismo inalcanzable.

Para él y para el resto de la humanidad.

No. Él no era un asesino. Era un profesor de matemáticas, quizás algo aburrido y solitario, según las mofas de sus alumnos. Su vida habían sido las matemáticas desde que tenía uso de razón. Se enamoró de los números y las ecuaciones algebraicas ya en su temprana pubertad, hacia los que se sentía tan atraído como sus compañeros de secundaria hacia las revistas ilustradas con orondas rubias sin ropa. Cuando pudo poner sus manos por primera vez sobre un ordenador, descubrió los placeres de la teoría computacional de números, la aritmética de los algoritmos, la elegancia del pensamiento abstracto puro.

Pero cuando llegó a la facultad descubrió que su amor por las matemáticas no era suficiente. Las matemáticas eran el esqueleto mismo del universo. Todo lo que existe y todo lo que ha existido se puede explicar con las matemáticas. Incluso, gracias a la estadística y a sus proyecciones, la magia de los números le permitía vislumbrar las posibilidades del futuro. Pero había parcelas en el inmenso campo de conocimiento que le costaba comprender. Acabó la licenciatura con unas notas mediocres, y hubo asignaturas que aprobó casi por milagro tras incontables tentativas. Comprendió que nunca sería un gran maestro, ni siquiera un virtuoso. Se quedó al borde del Edén, las puertas cerradas para siempre, la mirada cargada de fracaso mientras oteaba a través de las rejas. Así que se dedicó a la enseñanza.

Nunca fue, sin embargo, un docente vocacional. Tratar de inculcar un mínimo de conocimientos algebraicos en las duras molleras de sus alumnos se convirtió pronto en una tarea ardua y llena de insatisfacciones. Por fortuna, cada año parecía que el nivel de sus alumnos era más y más deficiente. Acabó enseñándole a sus alumnos conceptos que el recordaba haber estudiado en sus tiempos de instituto. Eso hacía que las clases fuesen cada vez más fáciles. Más fáciles, más aburridas y más faltas de interés.

Sus únicos momentos de pasión intelectual eran los proyectos que llevaban a cabo en el departamento de la facultad. Presentar los pírricos datos, obtenidos tras arduo trabajo, en congresos internacionales. Compartir la diminuta porción de conocimiento extraído con otros enamorados de los números. Aunque en los últimos años, por culpa de los incesantes recortes de presupuesto, esos momentos eran cada vez menos numerosos y más distanciados en el tiempo. Al menos la vida de profesor en una pequeña universidad de provincias era tranquila, segura y exenta de sobresaltos. No obstante, a veces echaba de menos una cierta excitación, una imprecisa aventura que no estaba seguro de poder definir, y ni siquiera de realmente desear.

Lloró de emoción y envidia cuando Andrew Wiles consiguió por fin, tras siglos de esfuerzos, resolver el último teorema de Fermat. Durante meses acarició la más voluptuosa de sus fantasías. Si él consiguiera realizar una proeza tal, sería maravilloso. Él, Romualdo Tamal, anónimo profesor de matemáticas, conseguía resolver uno de los grandes problemas pendientes de las matemáticas. Durante un tiempo jugueteo con la hipótesis de Riemann o con la conjetura de Poincaré. Por supuesto, no consiguió avanzar ni un solo paso. Pero la fantasía ya nunca le abandonó. Fueron muchas las noches solitarias en las que conseguía conciliar el sueño fantaseando que la fama y la gloria llamaban a su puerta.

Entonces ocurrió lo inesperado. Por una de esas serendipias de probabilidad casi cero, las circunstancias confluyeron en la conjunción perfecta. El ordenador cuántico y el primer radiante. Por fin, una contribución significativa al área del saber a la que había dedicado toda su vida. Que su nombre pasase a la historia era una posibilidad real que empezaba a acariciar con la punta de los dedos.

Los resultados del primer análisis fueron tan sorprendentes que Romualdo y los miembros de su departamento tardaron varios días en comprender que es lo que tenían entre las manos.

Cuando por fin lo comprendieron, tuvieron que admitir que los datos no eran sólo sorprendentes. Eran devastadores.

La belleza de la ciencia pura había desplegado sus magníficas alas con toda su plenitud. Pero esa belleza resultó ser tan pasmosa como aterradora. Pues sobre sus hombros había caído la más grande responsabilidad que jamás pudiera concebirse.

Todos estuvieron de acuerdo, habían realizado el descubrimiento del siglo, era innegable. Probablemente el mayor descubrimiento de la historia, sí. Pero el precio a pagar era terrible. Lo peor de todo es que nadie más podía hacerlo. No había tiempo para nada más. Para nadie más. El plazo se acababa ese día a las tres de la tarde. Como cabeza administrativa y único catedrático del departamento, Romualdo había asumido la responsabilidad de llevarlo a cabo. Él se encargaría. Él lo haría. Con sus propias manos.

Por el bien del mundo, mataría a la señora García.

¡Malditos sean Hari Seldon y su maldita psicohistoria!

Por fin la anciana decidió que la ración de sol había sido suficiente por aquel día. Se levantó despacio, con cierto esfuerzo, y echó a caminar con pasitos cortos hacia la salida del parque. Romualdo la siguió tratando de disimular al máximo posible.

La parsimoniosa persecución duró casi tres cuartos de hora. La anciana caminaba con lentitud, apoyándose en un bastón de madera oscura. Romualdo se paraba aquí y allá simulando mirar un escaparate o atarse el cordón de un zapato. De vez en cuando, alguien lo miraba, y el terror lo invadía al pensar que habían descubierto su acecho a la pobre anciana. El sudor le corría a raudales por la espalda y un molesto ardor de estómago empezaba a hervirle en las entrañas.

Finalmente llegaron a la residencia de la mujer. La señora García vivía en un pequeño chalecito adosado, con jardincito y césped a la entrada, en una calle residencial tranquila y con poco tráfico. Por lo que Romualdo sabía, gracias a la labor de detectives aficionados que habían realizado los miembros de su departamento, vivía sola. Recibía las visitas de fin de semana de alguno de sus nietos, pero era jueves, así que no tendría por qué encontrarse con familiares inoportunos.

Romualdo visualizó la escena cien veces en su mente. El mejor momento sería cuando la anciana estuviese entrando en la casa. Antes de que consiguiese cerrar la puerta, entraría de un empujón, agarraría a la mujer por el hombro y de un firme tajo le seccionaría la yugular. No sería elegante, y probablemente resultaría bastante sangriento, pero era efectivo. Después arrojaría a la mujer al suelo, donde se desangraría con rapidez, mientras el corría para alejarse del lugar del crimen con la mayor celeridad posible. No tendría que ser difícil. Una débil ancianita a la que le sacaba dos cabezas y no debía pesar más de cuarenta kilos no debería oponer demasiada resistencia. Incluso estuvo practicando en casa el movimiento de seccionar la garganta de un ser humano con aquella asquerosa muñeca hinchable. La muñeca fue el gran premio de una broma pesada que sus compañeros del claustro de profesores de la facultad le dejaron en el coche cuando por fin consiguió aprobar los exámenes de acceso a la cátedra. Por alguna razón nunca la tiró a la basura. Se limitó a sacarla del maletero en medio de la noche, mirando a todos lados para que ningún vecino fisgón pudiese llegar a ninguna conclusión errónea sobre los posibles vicios del profesor de matemáticas, y la guardó en el altillo del armario. Ironías de la vida, aquel aberrante juguete sexual le vino ahora de perlas.

El pulso de Romualdo latía desbocado mientras levantaba el pestillo y cruzaba la pequeña puerta en la verja del jardín. Las bisagras chirriaron en sus goznes y se quedó congelado a mitad del movimiento. Apretó los dientes con tanta fuerza que le dolieron las mandíbulas mientras clavaba la mirada en la espalda de la señora García. La anciana debía ser dura de oído, pues siguió cruzando el jardín, con su paso lánguido y vacilante sobre el caminito de baldosas cuarteadas, sin percatarse sobre lo que ocurría tras ella. Romualdo tuvo que esforzarse en mantener los labios cerrados para que el suspiro de alivio no se escapase de su boca. Miró con rapidez a todos lados. Ningún vecino a la vista. Nadie pasaba en ese momento por la acera. Sintió que las piernas le temblaban y se le volvían gelatina. Estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo de allí como la proverbial rata de un barco a punto de naufragar.

Apretó con fuerza el escalpelo en el bolsillo del anorak y cruzó el jardín con pasos sigilosos. Tuvo que detenerse al pie de los dos escalones que subían al pequeño porche mientras la señora García abría el bolso y sacaba la llave. Los engranajes de la cerradura al girar dos vueltas le sonaron a Romualdo como disparos de cañón.

Sacó el escalpelo del bolsillo y le quitó la funda protectora de la hoja. La arrojó sobre el césped.

Volvió a mirar a todos lados y se secó el sudor de la frente con la mano izquierda. La señora García abrió la puerta y avanzó un par de pasitos hasta colocar un pie en el interior de la vivienda.

Romualdo subió de un salto los dos escalones. Apretó los puños con fuerza, cruzó el pequeño porche y se abalanzó sobre la señora García justo en el momento en que esta se giraba.

—¿Quién... quién es usted? ¿Qué quiere? —dijo la señora García.

La sorpresa en la cara de la anciana se transmutó con rapidez en miedo. Las arrugas de su rostro se crisparon y sus ojos turbios se clavaron en la afilada hoja del escalpelo.

—Lo siento. Yo... —balbuceó Romualdo. Levantó la mano izquierda, los dedos engarfiados, para sujetar a la mujer por el hombro. Su cara era una máscara congelada en el horror y la determinación.

La señora García dio un paso atrás. Trastabilló y por un momento pareció que iba a caer. En ese fugaz instante, Romualdo sintió lástima por ella. La tensión se aflojó un tanto en sus redondeadas facciones y disminuyó la presión de sus dedos. Pobre mujer, pensó. Tan sólo es una pobre anciana. Ella no tiene la culpa. Pero lo que ha de hacerse, ha de hacerse, por el bien de todos.

Sin embargo, la anciana no cayó. Logró mantener el equilibrio, aunque dejó caer el bastón, que al estrellarse contra las baldosas de la entrada sonó como un trallazo.

La señora García gritó. Mientras gritaba, con una rapidez sorprendente, giró el brazo con un ademán enérgico. El ajado bolso de piel que llevaba en la mano describió un arco perfecto en el aire del zaguán y se estrelló con un ruido de calabazas maduras contra la sien del profesor de matemáticas.

Un estallido de dolor se abrió como una flor de fuego en la cabeza de Romualdo. Cayó hacia un lado y se estrelló contra un mueble de aspecto anticuado que era una mezcla de recibidor y paragüero. Su hombro chocó contra el espejo y uno de sus pies se enredó con el gran cono de latón. Entre las luces y las sombras, un raudó pensamiento cruzó su mente: ¿qué demonios guarda la vieja en el bolso?

No pudo mantener el equilibrio, el recibidor, el paragüero y él se derrumbaron al suelo entre un estrépito de metal que chocaba, madera que crujía y cristal que se hacía añicos.

La señora García no desperdició la ocasión. A toda la velocidad que pudo imprimir a su viejo y encorvado cuerpo, corrió hacia el jardincito de entrada, con las manos en alto, dando alaridos y pidiendo socorro.

Romualdo perdió unos preciosos segundos tratando de recuperar el completo dominio de sus sentidos. El escalpelo había caído dentro del paragüero. Metió la mano dentro de un zarpazo y la sacó con igual rapidez, con un grito de dolor y una maldición en voz alta. Se miró la mano, atónito. Dos dedos lucían profundos cortes, uno parecía llegar casi hasta el hueso. Empezaron a manar sangre en abundancia.

Con un rugido de rabia, se levantó ignorando el creciente dolor de sus dedos, volcó el paraguero hasta que el escalpelo surgió con un sonido metálico. Arrojó el paraguero al otro lado del zaguán e intentó coger el escalpelo, pero el dolor en su mano le hizo desistir. Lo cogió con la mano izquierda y se lanzó hacia la puerta. Un rosario de gotas rojas le siguió por el suelo. El sudor le chorreaba por la espalda, le caía por la frente y le entraba en los ojos. Se limpió con brusquedad con el dorso de la mano, manchándose el entrecejo de rojo, y cruzó los escaloncitos de la entrada de un solo salto. La anciana se agitaba, entre gritos y aspavientos, a mitad del camino de la verja del jardín.

Prácticamente tuvo que hacerle un placaje a la anciana para detenerla. Los dos rodaron por el suelo del jardín. Romualdo gruñía y respiraba con dificultad. La señora García chillaba y pataleaba. El tacón de su zapato se estrelló contra la nariz del profesor de matemáticas, que volvió a sentir un estallido de dolor dentro de su cabeza. Notó como la sangre le manaba de las fosas nasales y le caía por el mentón. No se molestó ni siguiera en limpiarse. Con su mano herida consiguió sujetar la cara de la anciana, que pronto se llenó de la sangre que surtía sin cesar de los dedos cortados. La vieja le mordió uno de ellos. Romualdo rugió de dolor, pero no soltó su presa. Con gran esfuerzo, debatiéndose sobre el cuerpo de la mujer, levantó la mano izquierda, que empuñaba el escalpelo, y se lo hundió en el estómago. Los gritos y los pataleos de la señora García se incrementaron. Una rodilla se estampó contra la mandíbula de su agresor, que se mordió la lengua y notó como la boca se le llenaba de un sabor dulce y metálico. Romualdo se sentía perdido en una vorágine de sangre y dolor. Sin embargo, no cedió. Utilizó el peso de su propio cuerpo para tratar de controlar los movimientos de la anciana. Levantó de nuevo la mano con el escalpelo y volvió a clavarlo en el estómago. Luego otra vez, y otra, y otra.

De pronto, Romualdo se dio cuenta que la señora García ya no pataleaba, ya no gritaba, ya no se debatía. La miró con genuina sorpresa. Ni siguiera parecía respirar.

Las losas del jardín y el mal cortado césped estaban manchados de sangre. Una gran mancha roja crecía bajo el cuerpo de la mujer. Había sangre por todas partes. Sangre que manaba de sus dedos cortados y mordidos; sangre que goteaba de su nariz rota; sangre que se le acumulaba en la boca; sangre que brotaba del vientre de la mujer; sangre que empapaba las ropas de él y las de ella.

Jadeante, agotado y confuso, Romualdo Tamal, profesor de matemáticas, se quedó de rodillas junto al cuerpo aún caliente de la señora García. Su mano izquierda aún empuñaba el escalpelo. La manga del anorak y del jersey húmedas y goteantes, rojo y viscoso. Durante unos segundos, tuvo la impresión de que el universo se había detenido. No existía nada más que aquel trozo de jardín, el cuerpo de una anciana yaciendo ante él y la sangre que lo inundaba todo. Tuvo que hacer un esfuerzo mental para recordar qué era aquello que veía y qué hacía él allí.

Un grito rompió el hechizo.

Romualdo levantó la mirada. Quien gritaba era la vecina del al lado, desde su propio jardín, que con el horror y el espanto dibujados en el semblante, se llevaba las manos a la boca y rompía la paz del mediodía con sus alaridos.

Miró alrededor. Varios transeúntes se habían detenido en la verja del jardín. Todos con el rostro contraído con muecas del más genuino de los terrores. Una pareja joven empezó a alejarse del lugar de los hechos casi a la carrera. Un tipo de aspecto elegante

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

